

mico británico y norteamericano¹². El pasado aquí sirve como herramienta para articular el presente.

El totalitarismo cristiano

Con la victoria de Franco y los primeros triunfos militares de las potencias del Eje, los nacionalistas argentinos creyeron que el mundo estaba entrando en lo que denominaron un «Nuevo Orden» y trataron de construir una doctrina político-religiosa que se adaptase a los tiempos y que contribuyese a ellos. En este marco tan favorable en el que los hombres de *Sol y Luna* no dudaron en anunciar que asistían a «los funerales del liberalismo» y celebrar la derrota de «la mala Europa» frente a los nazis¹³, la hispanidad pasó a ocupar el primer plano ideológico en el discurso del nacionalismo restaurador¹⁴.

Si en algo vinieron a coincidir tanto los colaboradores españoles como argentinos de *Sol y Luna* fue en señalar a la hispanidad como un potencial que tendría que desarrollarse de un modo teórico y práctico, un «magnífico proyecto de vida futura», cuya «forma» estaba aún por definir¹⁵. Más allá de la retórica falangista que definía a la hispanidad como una unión espiritual de lengua, de religión y de destino imperial, definición que como hemos visto suscribían plenamente los hombres de *Sol y Luna*, quedaba por dotar a la idea de un proyecto político más definido, para que de las palabras se pudiera pasar a la acción política. Sin embargo, en lo referente a la forma política que debía adoptar esa «sociedad supranacional hispánica» que constituía la hispanidad, los nacionalistas no pasaron de esbozar de un modo vago una propuesta de confederación de estados hispánicos¹⁶. Pro-

¹² Véase, por ejemplo, Rómulo D. Carbia, «La Iglesia en la 'Leyenda Negra' hispanoamericana», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 2, VI-1939, 53-60; Juan P. Ramos, «La cultura española y la Conquista de América», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942, 29-48; Alberto Espezel, «El Imperio Español», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942; Samuel W. Medrano, «Educación y Cultura en la Argentina Colonial», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942; H. Sáenz y Quesada, «El 'Humus' y el Vapor», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940.

¹³ Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 8, IX-1942; Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942.

¹⁴ «La Hispanidad», rezaba exaltado un editorial de la revista «se atreve a gritar ahora el advenimiento de su segunda primavera». Editorial, *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940, 9.

¹⁵ Véase, por ejemplo, César E. Pico, «Hacia la Hispanidad», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 9, XII-1942.

¹⁶ *Ibid.* En otros medios de prensa nacionalista también se esbozaron algunas propuestas al respecto. Así, Sáenz y Quesada, que desde las páginas de *Sol y Luna* había denunciado que en Argentina nunca había existido democracia sino el mero control de unas oligarquías sujetas a

puesta esta en la misma línea de la ya recogida por Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad* y repetida por el Cardenal Gomá en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires de 1934, que no aportaba ninguna novedad a la hora de estructurar el ideal hispánico¹⁷.

Lo que sí se produjo alrededor del mito de la hispanidad fue la elaboración de un discurso político que realizaba una síntesis entre el fascismo y el tradicionalismo católico, para proponer un «totalitarismo cristiano» como solución de futuro para España y toda Hispanoamérica. Así, para José María Pemán, quien primero utilizó el término de «totalitarismo cristiano» en *Sol y Luna*, la «Hispanidad en toda su anchura es la que puede dar la fórmula del único totalitarismo legítimo, o sea, el totalitarismo cristiano, donde verdaderamente se salve *todo*: la Nación y el Estado de una parte, y de otro la dignidad de la persona humana, el Espíritu, la cultura»¹⁸. Según el ideólogo franquista, la grandeza de los «movimientos de tipo reaccionario y autoritarios» hispanoamericanos consistía precisamente en haber sabido bordear, «con paso seguro todo peligro de paganismo hegeliano o maquiavélico» para ir «derecho a *totalizarse* en torno del pensamiento tradicional y cristiano». Se había alcanzado de este modo la perfecta «síntesis de tradición y dinamismo, de catolicismo y reacción [...] sin dejarse arrastrar ni por los cohibidos catolicismos sociales y sturzianos ni por los contagiosos noticieros excesivos de masa y adoraciones atléticas»¹⁹. A partir de ahí, la «gran misión del mundo cristiano –de la Hispanidad–», explicaba Pemán, no era otra que la conversión del nazismo al cristianismo, es decir, «absorber esa fuerza pagana, llevarla a la síntesis con la verdad cristiana: bautizar otra vez el Imperio y coronar otra vez con manos papales a Carlomagno»²⁰.

Con parecidas argumentaciones, otros pensadores nacionalistas vinieron a defender en las páginas de *Sol y Luna* la unión entre tradicionalismo católico y fascismo. Así César Pico, por ejemplo, veía el fascismo como una mera e instintiva «reacción contra la pendiente catastrófica a la que nos conduce la dialéctica democrático-marxista», que posteriormente buscaba «una doctrina que la justifique». La labor de los católicos debía ser, enton-

los intereses del imperialismo británico, proponía desde Nueva Política la creación de una «liga hispánica» que hiciese frente al marxismo desde las bases del tradicionalismo católico. Y en la misma línea de poca definición, Héctor Llambías ofrecía a España la entusiasta colaboración argentina en «el proyecto imperial-cristiano». Buchrucker, Nacionalismo... op. cit., 183; Sáenz y Quesada, «La realidad democrática en la Argentina», Sol y Luna, Buenos Aires, 6, VII-1941.

¹⁷ Raúl Morodo, *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, [Madrid: Tucur, 1980], 270-278.

¹⁸ José M. Pemán, «Pasemos a la escucha», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 4, V-1940, 90.

¹⁹ *Ibid*, 91. Subrayado en el original.

²⁰ *Ibid*, 92.

ces, la de cooperación con el fascismo para facilitarle el hallazgo de una doctrina católica que le alejase de «los ideales paganos»²¹. Por su parte, José María de Estrada, secretario de la revista, fundía el carácter universal del catolicismo con una concepción también universal del fascismo como movimiento político, el cual estaría llamado a restaurar «el orden verdadero», el cristiano, en el mundo²². Estrada hacía un llamamiento a las distintas «revoluciones fascistas», incluyendo la alemana, para que actuasen unidas frente al enemigo democrático ya que éstas, al fin y al cabo, no eran más que «manifestaciones distintas de una misma revolución»²³.

Como vemos, los hombres de *Sol y Luna* mantenían el catolicismo integrista como elemento nuclear de una doctrina política integradora del fascismo. No es de extrañar, pues, que el «Nuevo Estado» franquista fuera considerado por los nacionalistas como el modelo político a seguir por los países hispanoamericanos²⁴. En éste vieron los nacionalistas un ejemplo de Estado totalitario íntegramente católico, como un modelo de totalitarismo específico, que manteniendo la tradición católica española constituía la vanguardia del Nuevo Orden mundial. La «Revolución española», afirmaba Estrada, es el «movimiento social más profundo de nuestros tiempos», ya «que además de poseer lo que es intrínseco a todo movimiento fascista tiene una metafísica verdadera» que es el catolicismo²⁵.

En definitiva, el discurso político que los nacionalistas argentinos desarrollaron en *Sol y Luna* estuvo determinado por su providencialismo, una visión agustiniana del mundo y el recurso constante al lenguaje religioso. En él se produce una sacralización de los acontecimientos pasados (el imperio de los Austrias) y presentes (la «cruzada» franquista) que vienen a mostrarnos una ideología en clave de «religión política». Basado fundamentalmente en los postulados de Ramiro de Maeztu, el discurso nacionalista adaptó las ideas de los reaccionarios españoles al caso argentino superando ampliamente la mera propaganda bélica y la pura nostalgia imperial, para presentar a la hispanidad como un todo incompatible con el panamericanismo y la democracia liberal. El resultado final no fue otro que un acercamiento doctrinal al fascismo desde los postulados del tradicionalismo, con el que los hombres de *Sol y Luna* buscaron el equilibrio entre reacción y tradición, entre dinamismo y catolicismo, y que vino a concretarse en el ideal del «totalitarismo cristiano».

²¹ César E. Pico, «Totalitarismo», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 3, X-1939, 59-80.

²² José de Estrada, «La recuperación de las cosas», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942, 72-73.

²³ *Ibid*, 73.

²⁴ Juan Carlos Goyeneche, «Eugenio Montes», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 1, X-1938.

²⁵ José de Estrada, «La recuperación de las cosas», *Sol y Luna*, Buenos Aires, 7, IV-1942, 75.